

PRÓLOGO

Una poética del Caribe a través de la memoria, la identidad y la cultura

¿Qué pasa con la crítica literaria en Colombia? Es una reflexión que toca las puertas de los escenarios universitarios. ¿Cómo y de qué manera se aborda la poesía en los ámbitos académicos? Es la otra pregunta que inquieta en el quehacer de la crítica actual. Aún aparecen esos vetustos modelos de análisis en donde se mide el verso por el número de sílabas o se mete el poema en una especie de batidora para que de ahí salgan apreciaciones o interpretaciones nunca imaginadas por el poeta. ¿Y qué pasa con el lector común y corriente, ese lector que desafía la palabra trasgresora e inicia el viaje por las sendas musicales de los versos? La poesía es esa compañera inseparable de nuestra existencia y trasciende el tiempo a partir de la añoranza y la ensoñación. Por eso la poesía no admite ataduras, pues ella es testigo de nuestros sentimientos, anhelos y pasiones. Y esto es lo que busca o rastrea el lector de poesía.

Ahora bien, al otro lado del mundo del poeta está el crítico literario, este oficio que el Maestro Alfonso Reyes, con un poco de albur, desdeña y señala como la cenicienta de la literatura. Entonces, el crítico, en el abandono y en el desconcierto de la soledad, apela a Aristóteles con su *Arte poética*. Sus planteamientos son, de alguna

manera, ilustrativos, pero de ningún modo indispensables para el análisis del poema moderno. Entonces, de ahí en adelante la poesía ha estado sometida a los patrones de un método y a la clasificación de acuerdo con lo escrito y su intención: verso o prosa, por tales razones aparece la clasificación de la obra literaria en géneros. Posteriormente, la taxonomía del autor según la época y la vinculación a un movimiento literario. De otro modo, podemos conocer el ambiente social, cultural e ideológico a partir de un acercamiento a la obra literaria desde unas perspectivas sociológicas o filosóficas, las cuales permiten un diálogo o bien una empatía discursiva entre obra literaria y formas de pensamiento o estructuras sociales e históricas. Este crítico atlanticense retoma los orígenes de la poesía del Caribe y los actualiza en el verbo hecho misterio en la poesía de José Ramón Mercado.

De acuerdo con lo anterior, Adalberto Bolaño acoge estas corrientes de la teoría literaria y centra sus propósitos en la esencia de la poesía y, de ella, la palabra en el tiempo y en el espacio. Su atención es la lengua poética y penetra a la realidad circundante y a la esencia del ser costeño en lo más íntimo y secreto de la existencia. Sobre este aspecto retomo las palabras del maestro brasileiro Antonio Cândido, quien considera que el factor social es determinante cuando aporta solamente la materia que sirve de vehículo para conducir la corriente creadora, que se expresa en el ambiente, costumbres, características de grupo e ideas; lo que en palabras de Lukács equivaldría a preguntar si dicho factor interviene únicamente para hacer posible la realización del valor estético. Precisamente, Adalberto Bolaño Sandoval recoge esa tradición de la teoría literaria y amalgama esos saberes en el ambiente caribeño por el cual desfilan los poetas que aborda en este libro.

La poesía del Caribe es el primer capítulo, es el anuncio y preparación para entrar al libro de Adalberto Bolaño. En este aparecen

minuciosamente referenciados Raúl Gómez Jattin, Luis Carlos López, Jorge García Usta, Rómulo Bustos, Gabriel Ferrer, José Ramón Mercado. De sus poemas, Adalberto propone una poética del Caribe, poética muy particular pues solo en ella aparecen los versos del sentimiento caribeño, bien en la música, en la contemplación del paisaje o en el rescate de la memoria; tres ejes temáticos que Adalberto, como crítico literario, presenta de un modo sostenido a lo largo de sus interpretaciones sobre la poesía de José Ramón Mercado.

En este libro, ante la incertidumbre del crítico frente al poema o al universo poético, están las directrices, tanto de la lectura como de la interpretación y análisis de la poesía. Bolaño señala la senda teórica que bien el profesor de literatura o el lector de poesía desea una vez haya pasado por sus ojos una considerable cantidad de imágenes y metáforas. El quehacer frente al lenguaje poético, ceñido por un lenguaje intrincado, tiene su cauce cuando encontramos en este libro de Bolaño una red que revela cómo se lee al poeta. Un poema no dice nada del poeta, no nos acerca a su universo, por el contrario, aleja al lector, al joven que no encuentra una salida salvadora a las dudas que quedan después de una lectura fatigosa de unos versos.

Bolaño tiene una propuesta clara y sencilla. La expone pacientemente y al final del libro el lector ya tiene resuelta la inquietud en términos de la poesía. Bolaño dialoga con el lector y desde su actitud profesoral, desde su voracidad como lector, recomienda que la poesía es asequible cuando tejemos el hilo de las imágenes y las metáforas en un solo haz llamado memoria, paisaje o identidad. Nos dice que la lectura del poema es una forma de hacernos más contemporáneos y más cercanos a épocas pasadas, pues pone a conversar hombres de años lejanos con hombres del presente, propone encuentros con poetas del Caribe y lectores de otros

ámbitos y regiones. Su libro *La memoria conmovida. Caminos hacia la poesía de José Ramón Mercado*, traza ese oficio del lector de poesía, oficio que Bolaño reivindica a través de las páginas de este nuevo libro, pues ya en *Jorge Luis Borges: del infinito a la posmodernidad* (2011) sienta las bases de su quehacer notorio como crítico de la literatura.

Ante todo, nos invita a que seamos buenos lectores y que viajemos a lo largo del tiempo para ese encuentro con el pasado y en este traigamos al presente a figuras del deporte y de la música, figuras que hicieron grande a Colombia. Ese encuentro es gracias a la poesía de Mercado, poesía que Bolaño ha leído y estudiado con pasión, y aquí retomo al Maestro Rafael Gutiérrez Girardot cuando dice que el estudio es una pasión. Es también una ventura y un riesgo, y Bolaño lo ha entendido muy bien, pues no solo sienta las bases en torno a la poesía del Caribe sino que también promueve ese fuego que arde en la conciencia del hombre costeño, como es la identidad a partir del encuentro con la palabra que lo identifica, y esto lo configura muy bien el poeta José Ramón. Es la pasión que el profesor debe despertar desde su oficio de orientador, pues este estudio de la poesía del Caribe persuade, convence y provoca el gusto por la poesía.

HERNANDO MOTATO C.

*Profesor de Literatura
Universidad Industrial de Santander*

PRESENTACIÓN

El libro que el lector sostiene en sus manos, *La memoria conmovida. Caminos hacia la poesía de José Ramón Mercado*, es el pretexto de Adalberto Bolaño Sandoval para dar a conocer, mostrar, encaminar —en sus palabras— la obra del poeta sucreño José Ramón Mercado (JRM), con la esperanza de que se forme “una política del gusto y una apertura de resignificación a la obra de Mercado, constituyéndose otras miradas que reconozcan a un autor que muestra nuevos sentidos, nuevas significaciones, y, con ello, se replanteen otros horizontes para la poesía del Caribe”, como indica en su texto más adelante.

Fruto de una investigación académica conducente a obtener su maestría en Literatura Hispanoamericana y del Caribe, el texto es un excelente ensayo de apreciación que recoge la tarea del crítico literario más allá de simplemente dar a conocer la obra en cuestión. Al respecto, es interesante anotar cómo Bolaño “cumple” con la *desiderata* señalada en su momento por W.H. Auden¹, uno de los más grandes poetas y ensayistas contemporáneos, cuando al referirse a la función del crítico literario señala, entre otras, la de acercar al lector a escritores y obras que desconocía, que no había leído con la debida atención, o la de lograr una mejor comprensión de la obra o develar los procesos internos de construcción

1. En Edmund Wilson, *Obra selecta* (Lumen, 2008). Auden, candidato al premio Nobel de Literatura en 1963, junto a Neruda y Seferis, quien lo ganaría finalmente.

artística, en fin, de manera contundente, “arrojar luz sobre la relación entre el arte y la vida”.

Y es sobre el arte y su relación con la vida en donde Bolaño incide: el paisaje, la memoria y la identidad, como vínculos entre la vida y la poesía, para replantearle a esta última nuevos horizontes en el Caribe, lo cual se consigue con creces a lo largo de las 410 páginas del relato crítico que hace Bolaño, a partir del paisaje y la memoria en la poesía de JRM. Estos dos términos, omnipresentes en la historia de la literatura, no podían ser más poéticos, entendidos como *leitmotiv* “transformadores” (poéticos). En efecto, *paisaje*, —procedente del francés *pays* (campo), que originará también *país*, aludiendo a ‘territorio rural’, la parte de un territorio que puede ser observada desde un determinado lugar o al espacio natural admirable por su aspecto artístico—, está tan atado a la poesía del vate costeño, como a la de cualquier poeta —desde Homero hasta Cavafis, Hölderlin, Withman, Neruda—, solo que en el autor estudiado se magnifica porque se constituye en un personaje telúrico del cual no se puede desasir una poética del Caribe, por las implicaciones que tiene el poseer un cielo ilímite, una tierra sin confines y un mar sin horizontes.

La memoria, por su parte, mutada en poesía, permite que esta última acontezca de alguna manera como un nuevo modo de existencia, como una forma de relacionarse y concebir el mundo, como una acción política e incluso como un acto de poder. No en vano, desde los griegos, y aún en nuestros tiempos, el lenguaje poético continúa basándose en la alegoría e intenta hacer visible lo conceptual como una práctica de autoconocimiento que se crea y recrea una y muchas veces a través de la memoria.

A paisaje y memoria, el autor añade la identidad, entendida inicialmente como cierto aire de familia presente en otros poetas del

Caribe, compañeros de viaje, en los que se advierte cierta identificación en las temáticas: “la familia, lo filial, el espacio”. Otra clase de identidad podría ser entendida también como igualdad, semejanza, compatibilidad, en fin, su naturaleza, el ser-de-ahí, la misma impronta, el sello característico del ser Caribe, una ontología que se entiende desde el mismo poeta y su relación con la tierra (el lar). En la lectura de los poemas más representativos del autor estudiado — lo que podría extenderse a toda su obra— se evidencia entonces una idiosincrasia Caribe clara, manifiesta inicialmente en el lenguaje, luego en el paisaje y también en los personajes, que permea, en fin, todo el *ethos* del poema. Es lo que hace afirmar a Bolaño que, en JRM “confluyen de manera atildada una geopoética donde el espacio como paisaje y la memoria y la identidad dialogan”.

Leído el libro como una rayuela, es posible avizorar cómo el paisaje, “en tanto representación humana del espacio, salta como punto de relación, encuentro y creatividad a través de la experiencia vivida del poeta” (indica Bolaño más adelante). Es un paisaje antropomorfo, que habla, que participa, un espacio que trasciende los lindes de la geo-grafía para que sea pensado como una “memoria de la experiencia”. A simple vista, se entiende tal memoria como parte activa y constitutiva de la historia entroncada con una *mnemogeografía* (una *geografía de la memoria*, como la denomina Bolaño) lo cual nos guía, a través de la palabra, a los orígenes, al territorio del creador. Como otro ser vivo, como personaje propio, el poeta se alía con él y, ya en sus entrañas, se apropia de ese paisaje, para hablar-lo, reflexionar sobre, interpretar-lo, traducir-lo. Tal labor no puede realizarse, aislada de la memoria, por lo que recordar (de *re*: nuevamente, y *cordis*: corazón) tal paisaje para transcodificarlo, transformarlo, contrae, de hecho, una explicación (un análisis, si se quiere) que el poeta elabora de ese paisaje a través de una hermenéutica *ad hoc*.

Lo que aclara el crítico es que lo que permite que lo anterior ocurra se debe a que simplemente la memoria siempre estuvo allí, ya sea

que se entienda como los lugares de la memoria o la memoria de los lugares, con la justificación de que el poeta estaba allí para visibilizar el paisaje, los lugares, el territorio, la tierra, el lar nativo.

El papel de la memoria adquiere así una dimensión trascendental para que se instaure un giro hermenéutico de la poesía, palpable en la obra de JRM. Se dirá que es una constante en las poéticas universales. En efecto, lo es. Pero aquí se trata de una nueva dimensión, se trata, como lo anota Bolaño, de “dar importancia a la vida real de las gentes”, “por otorgar fundamento al relato en tanto representación”, y cita allí los casos de Candelario Obeso y Jorge García Usta, como conciencia y lenguaje redefinidos con base en lo regional. En su orden, JRM nos introduce en una saga, una tradición, con la presencia de personajes históricos o familiares, lo que da origen a una “poesía de la experiencia”. Memoria y hermenéutica religados en un encuentro de historia (tiempo), espacio (paisaje, lar, cosmos) y vida (vivencia, experiencia) para mostrar la presencia de una particular poética antropológica evidente en cualquiera de sus poemarios.

Con el telón de fondo de la obra de JRM, el texto de Bolaño alude a una historia posible de la poesía regional (y, por contera, de la colombiana) para llenar vacíos en tales estudios. Con base en autores connotados —Williams, Perus, entre otros—, nuestro crítico postula la exigencia (urgente, diríamos) de que se creen cánones regionales que impulsen los apoyos que desde la región se proyecten a la literatura nacional. La discusión se abre a partir del interrogante de si existe o no un canon nacional, a lo cual se responde afirmativamente. Pero a este canon se le puede intervenir, y, como señala Bolaño, “reabrirlo conlleva postular creaciones subversivas y minoritarias, desafiantes, mediante versiones artísticas que agudicen los sentidos, cuestionen, y, sobre todo, que alcancen su

difusión 'nacional', buscando, además, una renovación cultural". El solo hecho de abordar el estudio de un autor como JRM es ya un comienzo para poner en marcha lo anterior, ya que analizarlo desde las perspectivas del paisaje, la memoria y la identidad exige, según Bolaño, la puesta en escena de una hermenéutica transdisciplinar en la que confluirían tanto la sociología, como la antropología, junto a la historia y la filosofía, atravesada, muy ampliada, y relacionada con la valoración estética. Como se trata de una apuesta nueva, los riesgos son muchos, pero insiste en que de eso se trata, de "buscar las conjunciones donde no las haya, declarar abierto lo plural y el diálogo. Aquí complejidad e inestabilidad significan, pues, búsqueda, encuentro y, seguramente, descubrimiento".

En tales búsquedas, Bolaño desgrana inicialmente temas que son fundantes para una crítica de una poética del Caribe colombiano, tales como la mencionada identidad, pero pensada en clave distinta: una identidad imaginaria/imaginada. ¿Hasta dónde es posible reunir casa-experiencia-oralidad-memoria-entorno-familia?, el crítico nos lo muestra con ejemplos, a lo cual se añade una característica también interesante en el Caribe: la poesía del linaje, como representación poética de la memoria de la familia del poeta (presente también en los cantos vallenatos).

El libro de Bolaño trata de acicatear al lector para que asuma también, desde las primeras de cambio, los problemas que contraen los conceptos puntuales de su estudio: las identidades y la memoria, relacionadas por un hilo que ata las coincidencias en los temas que trata la poesía del Caribe en general con la propia poesía del Caribe colombiana, quizás bastante evidente en el paisaje, para proseguir con el examen de la poética de Mercado, observada desde una perspectiva generacional y geocultural, uno de los atractivos del estudio.

Desandando un poco, Bolaño se adentra y encuentra también vetas interesantes para analizar en los procesos y lenguajes simbólicos y la mezcla con lo popular en el uso de imágenes que hace el poeta; en esa poesía metaliteraria y social, plena de autorreflexividad y de burla hacia la jerga capitalista; en la cultura popular y el discurso de la música del mestizaje en donde invita por igual a la gaita y el jazz, o en el camino de las hipérboles, los asuntos morales y la metapoética exagerada, en el poeta urbano y el retorno.

Otros aspectos tienen que ver con la reincidencia del paisaje y la memoria familiar, sin dejar a un lado la región y la patria como geosímbolos. Es también sugerente la presencia de la poesía del linaje, los poemas dramáticos y la noción de “paisaje conmovido”, congruente con la “memoria traumática” que impacta tanto al lector que se aproxima por primera vez al poeta sucreño.

El estudio, poemario por poemario, permite identificar caracteres propios de la poesía de JRM, direcciones, caminos. Quizás la clasificación permite al crítico parcelar la obra para adscribirle etiquetas, las cuales se validan en el propio análisis. No obstante, a lo largo de la obra total, es posible observar cómo se extienden tales caracteres a través de guiños retro y prospectivos. Por ejemplo, el tema de lo social, la autorreflexibilidad y la cultura popular de los poemarios iniciales en donde es posible encontrar una identificación o *identidad latinoamericanista*, y la aparición temprana de una memoria histórica y cultural, lo cual se reitera después en poemarios ulteriores. Pero el crítico nos muestra también que el lenguaje y las figuras retóricas armonizan con la poesía dialógica, la citada autorreflexividad, los personajes populares muy propios de la región, la muy de moda para la época antipoesía y el lenguaje intimista. No es sorpresa encontrar en JRM a la “poesía de la experiencia” española de la misma época,

que empleaba a menudo el monólogo dramático y el correlato objetivo como técnicas líricas.

La memoria conmovida. Caminos hacia la poesía de José Ramón Mercado, permite, por la riqueza poética del autor analizado, que sea posible realizar un recorrido crítico desde el “paisaje conmovido” hasta la “memoria traumática”, subejes del paisaje, la memoria y la identidad. Temas en los que confluyen también otros conceptos como el espacio, el poder, la autoficción y la escritura. La idea es observar cómo en JRM se construyen conceptos tales como paisaje, espacio, conciencia histórica, alteridad, temporalidad, comunidades imaginadas, temas ontológicos, que posteriormente, a través de la expresión poética, articula las variables de identidad. Estaríamos entonces frente a otra dimensión de la poesía caribeña-colombiana, procedente de la poesía del Caribe con sus mitos fundacionales, con sus referentes sociohistóricos pero abiertamente diferente en la mirada y la expresión del mundo a través del arte.

Lo que plantea Bolaño —en sus propias palabras— es que la identidad narrativa está ligada al tiempo, a la historia, y en su expresión se encuentra ligada a la experiencia. Y si no hay pasado, no hay futuro porque “el pasado representa el fondo de nuestra identidad, la cual pasa de ser algo adscrito a una elección de carácter: elijo y me transformo y procuro realizarlo también con el mundo”.

Este libro de Bolaño es una apuesta crítica para pensar y repensar nuestra historia literaria regional y darnos cuenta de que somos parecidos pero distintos, y de que debemos comenzar por descubrir nuestros poetas, nuestros novelistas, nuestros cuentistas, algunos de los cuales, como el caso de JRM, ni siquiera han sido leídos alguna vez. Por lo anterior, esta es también una invitación

del autor del estudio crítico para que lo leamos y comprobemos todos, algunos o ninguno de los asertos de este libro. Es, asimismo, la buena nueva de la irrupción de un género, que, como la crítica literaria, debería tener más cultores —sobre todo en nuestro patio— y no ser escasamente contados.

ELEUCILIO NIEBLES REALES

*Profesor titular de la Facultad de Ciencias Humanas
Universidad del Atlántico*

INTRODUCCIÓN

La poesía de José Ramón Mercado Romero (1937-) recorre un largo camino desde 1970, cuando publica su primer libro *No solo poemas*, hasta el año 2016, cuando edita el último, *Vestigios del naufrago*. Antes de este, *Pájaro amargo*, del 2013, desglosaba un hermoso y profundo cobro de cuentas en una especie de *Carta al padre*. Un poco más atrás, *Tratado de soledad*, del 2009, presentaba una especie de compendio en el que se cruzan todas sus preocupaciones poéticas: poesía del lugar, del espacio, de la familia, pero también una preocupación social —cívica de alguna forma, política en otra—, en fin, una acepción que conlleva una propuesta en la que subyace, por un lado, la memoria del pasado, encarnada en una poesía lírica, relacionada con los recuerdos de la infancia y del entorno del paisaje. Y, por el otro, como fondo de ella, una poesía adánica, la cual da por primera vez nombre a las cosas, tal como lo señala el premio Nobel de literatura Derek Walcott con su propia lírica. Pero también una *memoria traumática*, donde la experiencia del duelo por los asesinados por la violencia no es superada y abruma a la comunidad, constituyéndose en una percepción que replantea la moral, la ética y la política. Este texto dialoga ampliamente, por sus temáticas, con *Vestigios del naufrago* (2016), su último poemario.

Además, la suya ha sido una poesía que revela una visión del paisaje del Caribe colombiano y, con ella, una *estructura de*

sentimientos (R. Williams) y sentidos, una experiencia materializada de su vida y su entorno, conjugándose así una compleja versión interpretativa del Caribe, una hermenéutica lírica relevante y novedosa.

Este libro se propone estudiar la obra poética de Mercado Romero, conformada por catorce poemarios, a través de la conjunción de tres temáticas unidas indisolublemente: paisaje, identidad y memoria. Enmarcada en esta investigación, se conjuga un estudio desde el cual se enlazan varias perspectivas de análisis (estéticas, teorías literarias, filosóficas, geográficas, históricas, arquitectónicas) en la búsqueda de descubrir dimensiones más profundas en este poeta del Caribe colombiano, que concluyan, de algún modo, en una mirada cultural.

Dentro de los tres temas tratados confluyen, al mismo tiempo, otros conceptos: espacio, poder (que se puede replantear como “lo político”) y escritura. Por ello, en el primer capítulo, por ser catorce poemarios, las preguntas son muchas y las respuestas pueden ser infinitas, razón por la cual he decidido exponer varios niveles: el primero, desde lo temático, en el que he considerado necesario explicar los conceptos teóricos en que se fundamentan el libro: memoria, identidad y paisaje, y cómo confluyen. He procurado darle realce a este capítulo, pues, como propuesta hipotética, teórica de algún modo, reconsidera en mucho estos términos y busca darles un nuevo entrelazamiento y brindar otras problematizaciones. Así, he querido, también, replantear el pensamiento de Martin Heidegger, en cuanto a la condición que propuso del concepto *habitar* para el ser humano como construir y pensar, dándole un vuelco más desde una concepción caribeñista, inclusive latinoamericanista, que cuestiona así las condiciones esencialistas y eurocéntricas que el filósofo alemán expresó en algunos de sus ensayos.

Parto, entonces, del concepto de paisaje, pues este, en tanto representación humana del espacio, salta como punto de relación, encuentro y creatividad, a través de la experiencia vivida del poeta, como “memoria de la experiencia” (LaCapra, 2006)², como parte de la historia, la cual tiene que ver, a su vez, con la conjugación de la *geografía de la memoria* que conduce a pensar en el lugar de origen del creador. El autor, entonces, revisa el paisaje, se introduce en él, lo analiza, lo interpreta y lo historiza: pone en situación el simple *habitar*.

Busco, en este sentido, darle otro sesgo a los constructos de memoria y paisaje. Para varios de los poetas del Caribe recordar el paisaje y transcodificarlo implica su explicitación, por lo que su obra se constituye en una *aproximación hermenéutica* (Erice, 2006) en una interpretación que lo ubica, a través de la memoria, en la Historia. La memoria indica que este paisaje estuvo siempre allí y faltó hacerlo visible, y, por eso, el poeta lo expresa de manera adánica, razón por la cual la memoria contribuye a darle un giro hermenéutico a la poesía: el paisaje hay que develarlo, hacerlo hablar, de manera que el poeta sea su descubridor, su Adán, a través de la memoria de su experiencia.

En cuanto a la confluencia temática, se advierten varias identificaciones entre algunos poetas del Caribe colombiano: Candelario Obeso, Gabriel Ferrer, Jorge García Usta y José Ramón Mercado: la primera, que conjuga y redefine la conciencia y la dimensión lingüística a partir de una estética que acude al paisaje como estrategia de la memoria; la segunda, que se observa en la existencia de la casa, la familia y lo filial, elementos que hacen converger de manera atildada una *geopoética*, en la que el espacio (en su versión

2. El contexto en que LaCapra aplica el concepto de “memoria de la experiencia” es diferente, pues este toma, en su tematización, la memoria como parte de la experiencia, especialmente a través de la identidad de los grupos colectivos y de la historia (2006).